



JESUCRISTO, REFERENTE DEL ACOMPAÑAMIENTO

Documento de trabajo y reflexión
para el encuentro de laicos de parroquia



Málaga
Del 24 al 26 de julio
de 2026

DOCUMENTO II

Compartiendo caminos acompañando esperanza



ÍNDICE

DOCUMENTO BASE PARA PROFUNDIZAR

1. INTRODUCCIÓN GENERAL	5
2. JESUCRISTO REVELA EL MODO DE ACOMPAÑAR DE DIOS	7
3. LA PEDAGOGÍA DE JESÚS: CERCANÍA, ESCUCHA, ILUMINACIÓN Y COMUNIÓN	11
4. EL ACOMPAÑAMIENTO COMO PROLONGACIÓN ECLESIAL DE LA PEDAGOGÍA DE CRISTO	15
5. EL ACOMPAÑAMIENTO COMO MEDIACIÓN DE LA GRACIA.....	19
6. EL ACOMPAÑAMIENTO COMO CONFIGURACIÓN CON CRISTO	23
7. EL ACOMPAÑAMIENTO COMO CAMINO HACIA LA MISIÓN	27

MATERIAL PARA EQUIPOS DE VIDA DE ADULTOS Y JÓVENES

RESUMEN DEL DOCUMENTO	31
PISTAS PARA EL TRABAJO EN EQUIPO	33

MATERIAL PARA EQUIPOS DE +JÓVENES

MATERIAL PARA EQUIPOS DE INFANCIA

Anotaciones



DOCUMENTO BASE PARA PROFUNDIZAR

1. INTRODUCCIÓN GENERAL

En la primera parte hemos contemplado el acompañamiento como una forma histórica de la acción salvadora de Dios: un modo de presencia divina que no actúa desde fuera de la vida humana, sino caminando con ella, sosteniéndola y conduciéndola hacia su plenitud. Hemos visto que el acompañamiento posee fundamento bíblico, consistencia teológica, confirmación magisterial, coherencia antropológica y necesidad pastoral. No es simplemente una práctica eclesial útil, sino expresión del modo mismo en que Dios salva.

Ahora es necesario dar un paso más: reconocer que este modo de actuar de Dios alcanza su forma plena y definitiva en Jesucristo. Si el acompañamiento pertenece a la lógica de la revelación, su figura perfecta se encuentra en la vida, el ministerio y la Pascua del Señor Jesús. Él no solo enseña el acompañamiento, sino que lo encarna; no solo orienta el camino del hombre, sino que camina con él; no solo revela la verdad de Dios, sino que la hace presente en una relación viva, personal e histórica.

Toda comprensión cristiana del acompañamiento debe ser esencialmente cristológica y cristocéntrica. La Iglesia acompaña porque Cristo acompaña; aprende a acompañar contemplando cómo Él se acerca, escucha, ilumina, sostiene y envía. En Jesús se revela la forma concreta del amor de Dios cuando entra en la historia humana: un amor que no se impone desde la distancia, sino que se hace presencia cercana, paciente y transformadora.

*Jesucristo es el **referente pleno** del acompañamiento divino. No solo enseña este modo de actuar, sino que lo **encarna** en su vida y ministerio. La Iglesia acompaña porque contempla en Él la forma concreta del amor de Dios que se hace presencia cercana y transformadora.*

En continuidad con lo contemplado en la primera parte —el acompañamiento como participación en la acción salvadora de Dios—, la segunda parte dirige la mirada al lugar donde esa acción se hace visible con rostro humano: la vida del Señor. Contemplar su modo de relacionarse con las personas, su pedagogía espiritual y su forma de conducir los procesos humanos permite descubrir no solo un modelo pastoral, sino la fuente misma de todo acompañamiento cristiano.

Jesucristo es, por tanto, el referente decisivo: el criterio, la medida y el horizonte de toda práctica de acompañamiento en la Iglesia. Mirar cómo Él acompaña es aprender cómo debe acompañar el discípulo; contemplar su presencia activa es comprender qué significa realmente caminar con otro en el nombre de Dios.

Anotaciones



2. JESUCRISTO REVELA EL MODO DE ACOMPAÑAR DE DIOS

2.1. Desarrollo en las fuentes esenciales

El acompañamiento cristiano tiene su fuente en la revelación misma de Dios, y esa revelación alcanza su plenitud en Jesucristo. Él no es solamente mensajero de Dios ni simple mediador externo, sino la presencia personal de Dios en la historia humana. En Él se manifiesta definitivamente **cómo es Dios y cómo actúa**. Y lo que se revela con claridad es que Dios no salva desde la distancia, sino desde la cercanía; no interviene como fuerza exterior que corrige el curso de la historia, sino como presencia que la habita, la comparte y la conduce desde dentro hacia su plenitud.

Esta forma de actuar tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación. El prólogo del Evangelio de san Juan expresa con radicalidad esta verdad: *“El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”* (Jn 1,14). Dios no solo habla al hombre ni actúa sobre él; **vive con él**. La palabra “habitó” (ἐσκήνωσεν, “puso su tienda”) evoca la presencia de Dios en medio de su pueblo durante el éxodo (cf. Éx 33,14), mostrando continuidad entre la historia de Israel y su cumplimiento en Cristo. El Dios que acompañaba a su pueblo en la nube y en el fuego ahora camina en la carne de su Hijo.

*El acompañamiento tiene su plenitud en la **Encarnación**, donde Dios se hace presencia personal en la historia. En Cristo, Dios no salva desde la distancia, sino habitando y compartiendo la **condición humana** para transformarla desde dentro, introduciendo al hombre en su propia vida divina.*

La Encarnación puede comprenderse como la forma suprema del acompañamiento divino. El Hijo eterno no permanece fuera de la experiencia humana, sino que la asume enteramente. Como afirma la carta a los Hebreos, Cristo comparte nuestra condición “en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado” (Heb 4,15), para poder compadecerse de nuestra debilidad y sostener nuestro camino. Se trata de una comunión real de vida, no tanto de una solidaridad externa. Dios conoce en el Verbo Encarnado la existencia humana por experiencia, no solo por ciencia divina.

San Ireneo de Lyon expresó esta verdad con una de las formulaciones más profundas de la tradición cristiana: *“El Hijo de Dios se hizo lo que somos nosotros para hacernos lo que Él es.”* (*Adversus Haereses*, V, pref.). De este modo comprendemos que la salvación no consiste en un acto exterior que modifica la condición humana desde fuera, sino en un proceso interior de transformación realizado, como obra de la gracia, desde la comunión con Cristo. Dios acompaña al hombre introduciéndolo en su propia vida.

2.2. Cristo, Dios que camina con el hombre

Los Evangelios muestran que la vida pública de Jesús es, en sí misma, una historia de acompañamiento. Él no se limita a enseñar desde una posición elevada, sino que recorre caminos, entra en casas, se detiene en conversaciones, escucha preguntas, comparte comidas, sostiene procesos prolongados de conversión. Su modo de salvar es relacional, histórico, progresivo.

El relato de los discípulos de Emaús es paradigmático: “Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos” (Lc 24,15). El Resucitado no irrumpe con una revelación fulgurante, sino que entra en el ritmo humano del camino, escucha la decepción, interpreta la historia y conduce al reconocimiento. Este gesto resume toda la pedagogía divina: Dios se hace compañero de camino antes de hacerse plenamente reconocible.

*Los Evangelios presentan la vida de Jesús como una **historia de acompañamiento relacional y progresiva**. El relato de Emaús muestra su pedagogía: se acerca, camina con el hombre y escucha su realidad antes de iluminar su corazón, respetando siempre el **proceso interior** de cada persona.*

San Agustín interpreta este modo de presencia de Cristo como expresión de la pedagogía amorosa de Dios, que guía al hombre respetando su proceso interior. En sus comentarios al Evangelio afirma que el Señor “camina con ellos como compañero de viaje para hacerse maestro de su corazón” (*Sermón 235*). La cercanía precede a la iluminación, y la relación precede a la comprensión.

2.3. Fundamento cristológico del acompañamiento eclesial

Si Cristo, el Hijo, es la presencia histórica del amor de Dios, entonces todo acompañamiento cristiano es participación en su propia misión. La Iglesia no acompaña en nombre propio, sino como mediación sacramental de la presencia de Cristo que continúa actuando en la historia.

El Concilio Vaticano II afirma que la Iglesia es “*en Cristo como un sacramento, es decir, signo e instrumento de la unión íntima con Dios*” (*Lumen Gentium*, 1). Esto significa que la cercanía salvadora de Cristo se hace visible en la vida concreta de su Cuerpo místico, el Pueblo de Dios. Cuando la Iglesia acompaña, no realiza simplemente una función pastoral sino que hace presente la forma encarnada del amor divino.

San Juan Pablo II expresó esta dimensión con gran claridad al afirmar que la misión de la Iglesia consiste en hacer que cada persona pueda encontrar a Cristo y vivir con Él un camino de amistad y vida. La pastoral no es mera organización religiosa, sino mediación de un encuentro personal con el Señor vivo (cf. *Redemptor Hominis*, 13).

*La Iglesia acompaña como **mediación sacramental** de la presencia de Cristo. Su misión no es meramente organizativa, sino facilitar un **encuentro personal** con el Señor vivo acompañar implica participar en la acción salvadora de Cristo, reconociendo que Dios ya actúa en la historia del otro.*

El acompañamiento cristiano no puede reducirse a consejo, orientación o apoyo psicológico. Es participación —siempre humilde y mediadora— en la acción salvadora de Cristo que continúa guiando a su pueblo por el Espíritu. Como recuerda el Papa Francisco, evocando a Moisés, acompañar significa “*quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro*” (*Evangelii Gaudium*, 169), porque en la historia de cada persona Dios ya está actuando.

2.4. Breve perspectiva teológica

La teología ha comprendido siempre que la salvación cristiana tiene estructura de comunión progresiva. Santo Tomás de Aquino enseña que la gracia no destruye la naturaleza humana, sino que la eleva y la perfecciona ¹. Esto implica que Dios actúa respetando los procesos humanos, acompañándolos interiormente y conduciéndolos hacia las cumbres de su plenitud.

*La teología enseña que la gracia perfecciona la naturaleza, respetando los **procesos humanos**. El cristianismo es, ante todo, el encuentro con una **Persona** que da horizonte a la vida. Dios salva entrando en relación y redimiendo la historia desde dentro a través de una comunión progresiva*

En línea con algunos teólogos contemporáneos podríamos describir la misión de Cristo como una “solidaridad obediente” con la historia humana, por la que el Hijo entra en el drama del mundo para conducirlo desde dentro hacia el Padre ². Benedicto XVI insistió en que el cristianismo no es ante todo doctrina, sino encuentro con una Persona que acompaña la existencia y le da horizonte (*Deus Caritas Est*, 1). Toda la tradición converge en un mismo punto: Dios salva encarnándose, entrando en relación, compartiendo la historia y redimiéndola desde dentro.

2.5. El acompañamiento como forma del amor redentor

En Jesucristo el acompañamiento deja de ser simplemente una función pastoral o un método espiritual. Se revela como forma histórica del amor redentor de Dios. Dios ama acompañando. Ama caminando con cada hombre y mujer y permaneciendo incluso en la oscuridad del camino.

*En Jesús, el acompañamiento se revela como la **esencia del amor** de Dios. Dios ama caminando con el ser humano, incluso en la oscuridad. Participar en esta dinámica es hacer visible la **fidelidad divina**, conduciendo a cada persona hacia su vocación más plena en comunión*

Cristo muestra cómo acompañar y revela que el acompañamiento pertenece a la esencia misma de la economía de la salvación. En Él se manifiesta que Dios no abandona nunca el camino humano, sino que lo asume, lo sostiene y lo conduce hasta su plenitud en la comunión con Él ³. Participar en esta forma divina de amar es la entraña misma del acompañamiento cristiano, es decir, hacer visible, en la historia concreta de cada persona, la cercanía del Dios que permanece fiel, que entra en los procesos humanos y que conduce al ser humano a su vocación más plena.

¹ Summa Theologiae, I, q.1, a.8 ad 2.

² Hans Urs von Balthasar, La gloria del Señor. Una estética teológica I: Ver la forma, Madrid: Encuentro, 1985.

³ Cf. Dt 31,8

Anotaciones



3. LA PEDAGOGÍA DE JESÚS: CERCANÍA, ESCUCHA, ILUMINACIÓN Y COMUNIÓN

3.1 Fundamento espiritual y exegético de los dinamismos del acompañamiento

Si Jesucristo revela el modo en que Dios acompaña al ser humano, los Evangelios permiten contemplar **cómo se despliega concretamente esa presencia que acompaña** en la historia. No encontramos en Jesús un método pedagógico formulado teóricamente, sino un modo de relación que se repite con coherencia profunda en sus encuentros con las personas. Este modo puede describirse mediante cuatro dinamismos inseparables — cercanía, escucha, iluminación y comunión— que no constituyen fases

*La pedagogía de Jesús se despliega en cuatro dinamismos inseparables: **cercanía, escucha, iluminación y comunión**. Estos no son pasos técnicos, sino expresiones de la lógica de la Encarnación que respetan y conducen la vida humana hacia la participación en la **vida divina**.*

técnicas de un proceso, sino expresiones históricas de la lógica misma de la Encarnación y de la Pascua. Estos cuatro movimientos revelan cómo el amor de Dios entra en la vida humana, la respeta, la interpreta y la conduce hacia la participación en la vida divina. Cada uno de ellos tiene un significado espiritual profundo y encuentra fundamento explícito en la acción y las palabras de Jesús.

3.2. La cercanía: Dios que se aproxima y comparte el camino

El acompañamiento comienza siempre con la cercanía. Antes de enseñar, corregir o revelar plenamente su identidad, Jesús se acerca a las personas allí donde se encuentran realmente. Esta proximidad no es solo geográfica ni emocional, es teológica porque brota del misterio mismo de la Encarnación, por el cual Dios entra en la condición humana para compartirla desde dentro.

Retomando el primer gesto de Jesús en el relato de Emaús notamos de modo particularmente transparente este movimiento inicial: “Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos” (Lc 24,15). El verbo griego que describe este gesto —ἐγγίσας (engísas)— indica aproximación real, presencia inmediata, entrada en el espacio vital del otro. No se trata de observar desde lejos, sino de compartir el mismo camino.

Este gesto reproduce en la historia concreta lo que ya indicamos del Evangelio de San Juan cuando afirma en términos teológicos: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14). El verbo ἐσκήνωσεν (eskēnōsen), “acampó”, evoca la tienda del encuentro de Dios con su pueblo durante el éxodo. La cercanía de Jesús es la forma histórica de la presencia divina que habita en medio de los hombres.

*El acompañamiento inicia con la **proximidad teológica** de Jesús, quien entra en el espacio vital del otro. Esta cercanía manifiesta que Dios habita en la **historia concreta**, incluso en el pecado o el desconcierto, para compartir el camino desde la humildad.*

La cercanía expresa que Dios no espera al ser humano en un ámbito separado de su experiencia, sino que entra en su historia concreta, incluso cuando esa historia está marcada por el desconcierto, el pecado o la huida. La salvación comienza cuando Dios comparte el lugar donde la persona realmente está. Esta lógica “encarnatoria” no admite situarse por encima del proceso del otro, sino entrar humildemente en él.

3.3 La escucha: reconocimiento del misterio de la historia personal

La cercanía se despliega necesariamente en la escucha. Jesús se aproxima y facilita que los discípulos expresen su experiencia, su interpretación de los hechos, su dolor y su búsqueda. De este modo se revela que la escucha supone reconocer al ser humano no como objeto de intervención, sino como sujeto de una historia en la que Dios actúa.

En el relato de Emaús, Jesús pregunta: “¿Qué conversación es esa que traéis mientras camináis?” (Lc 24,17). El término griego λόγοι (lógoi) no alude únicamente a las palabras intercambiadas, sino al sentido que las personas otorgan a lo que están viviendo. De este modo, Jesús no se interesa solo por los acontecimientos ocurridos, sino por la interpretación que los discípulos hacen de ellos. La escucha, por tanto, se orienta hacia el significado profundo que las personas atribuyen a su propia experiencia.

Este gesto tiene enorme profundidad espiritual. Dios escucha porque respeta los tiempos, la libertad interior y la historia personal como lugar donde se desarrolla la relación con Él. La escucha divina no es información necesaria para actuar —Dios conoce todo—, sino reconocimiento de la dignidad de la experiencia humana que se expresa verbalmente poco a poco.

*Jesús escucha para reconocer al otro como **sujeto de su historia**. No busca información, sino valorar el sentido que la persona da a su vida. La escucha respeta la **dignidad humana** y permite que el deseo de la gracia se exprese libremente*

Otro texto evangélico que muestra esta misma actitud con gran claridad es el encuentro con el ciego Bartimeo (Mc 10,51). Jesús le pregunta: “¿Qué quieres que haga por ti?”. La pregunta no informa a Jesús de una necesidad que desconoce; abre un espacio donde el deseo puede expresarse libremente. La escucha hace posible la respuesta personal a la gracia. En la vida espiritual, la escucha reconoce que el Espíritu Santo ya está actuando en la vida del otro antes de cualquier intervención externa. Acompañar significa discernir esa acción, no sustituirla.

3.4 La iluminación: la Palabra que interpreta la vida

La cercanía y la escucha preparan el momento decisivo del acompañamiento: la iluminación ⁴. Jesús introduce la luz de la revelación en la experiencia concreta del ser humano, permitiendo descubrir el sentido profundo de la historia vivida.

⁴ La tradición cristiana ha utilizado ampliamente la categoría de iluminación para expresar la acción de Dios que abre la inteligencia y el corazón a la verdad de la fe. En la época patristica, el bautismo era designado frecuentemente como photismós (φωτισμός), es decir, iluminación, y quienes lo recibían eran llamados “iluminados”, porque participaban de la luz de Cristo. Asimismo, en la tradición espiritual clásica el crecimiento en la vida cristiana suele describirse mediante tres etapas: vía purgativa, vía iluminativa y vía unitiva. La vía iluminativa designa el momento en que el creyente, purificado progresivamente, comprende con mayor profundidad la acción de Dios y crece en la luz de la fe.

En el camino de Emaús, después de escuchar el relato de los discípulos, Jesús “comenzando por Moisés y todos los profetas, les explicó lo que se refería a Él en todas las Escrituras” (Lc 24,27). El verbo διερμήνευσεν (diermēneusen) significa interpretar, traducir, hacer comprensible. Jesús no añade información externa, sino que reinterpreta los acontecimientos a la luz del designio de Dios.

La iluminación cristiana no consiste en transmitir ideas abstractas, sino en revelar el sentido salvífico de la historia personal. La Palabra de Dios se convierte en clave hermenéutica de la vida. Por eso los discípulos reconocen posteriormente: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?” (Lc 24,32). La iluminación es experiencia interior de verdad que transforma la percepción de la realidad vivida.

Otro ejemplo significativo transcurre en el encuentro con la mujer samaritana (Jn 4). Jesús conduce progresivamente el diálogo desde el agua material al agua viva o don del Espíritu. El verbo usado para describir este proceso —δῶσεις (dōseis), “darás”— indica revelación progresiva del don divino. La iluminación es gradual, respetuosa del ritmo interior.

*Jesús introduce la luz de la revelación para descubrir el **sentido salvífico** de la historia personal. No transmite ideas abstractas, sino que reinterpreta la vida desde la **Palabra de Dios**, permitiendo que el corazón arda y la percepción de la realidad se transforme interiormente.*

Iluminar significa ayudar a ver la vida desde Dios. Sin esta dimensión, el acompañamiento queda reducido al nivel psicológico o emocional y el discernimiento que forma parte del proceso queda limitado a la dimensión puramente humana.

3.5 La comunión: el encuentro que transforma y envía

El acompañamiento cristiano no culmina en la comprensión intelectual ni en el alivio emocional, sino en la comunión de vida. La finalidad última es el encuentro vivo con Cristo, que introduce al ser humano en una relación nueva con Dios y con los demás.

En Emaús, el reconocimiento ocurre “al partir el pan” (Lc 24,31). El verbo κλάω (klaō), partir, remite al gesto eucarístico de tal modo que la comunión no es solo relación afectiva, sino participación sacramental en la vida del Señor. Esta comunión produce transformación interior y misión. Los discípulos regresan inmediatamente a Jerusalén para anunciar lo ocurrido. La comunión genera dinamismo expansivo, porque introduce en la vida misma del amor divino, que es comunicativo por naturaleza.

*La meta es el **encuentro vivo** con Cristo, simbolizado en "partir el pan". Esta inserción vital en el Señor produce una transformación que genera un dinamismo expansivo. La comunión introduce al hombre en la **vida trinitaria**, impulsándolo inmediatamente hacia la misión*

El Evangelio de Juan expresa esta finalidad con extraordinaria claridad en el discurso de la vida y los sacramentos: “Permaneced en mí y yo en vosotros” (Jn 15,4). El verbo μένω (menō), permanecer, indica comunión estable, participación vital, inserción en la vida de Cristo. Este es el término que mejor describe la meta del acompañamiento cristiano, introducir en la permanencia en Cristo.

3.6 Unidad espiritual de los cuatro dinamismos

Cercanía, escucha, iluminación y comunión son expresiones de un único movimiento del amor divino que entra en la historia humana y la conduce hacia la vida trinitaria. La cercanía hace posible la escucha y la escucha prepara la iluminación. La iluminación conduce a la comunión y la comunión transforma la vida y la abre a la misión. Aunque pedagógicamente pueden tratarse por separado, en realidad son cuatro momentos de un único proceso.

*Los cuatro dinamismos forman un **único movimiento** del amor divino. La cercanía posibilita la escucha, esta prepara la iluminación, que conduce a la comunión transformadora y misionera. El acompañante debe reproducir esta **pedagogía encarnada** y paciente de Cristo en la historia de las personas.*

Así se manifiesta la pedagogía de Jesús: encarnada, paciente y progresiva, que respeta la historia humana y la conduce hacia la madurez en Cristo. El acompañante tendrá que asimilar que su misión es participar en esta misma dinámica. No se trata de aplicar un método, sino de reproducir en la historia concreta de las personas el modo en que Cristo mismo se acerca, escucha, ilumina y conduce a la comunión. En esta pedagogía se revela no solo una forma de relación pastoral, sino la forma histórica del amor salvador de Dios.



4. EL ACOMPAÑAMIENTO COMO PROLONGACIÓN ECLESIAL DE LA PEDAGOGÍA DE CRISTO

4.1 El Buen Pastor, la sacramentalidad de la Iglesia y la misión pastoral

Si la pedagogía del acompañamiento encuentra su forma perfecta en Jesucristo —en su cercanía encarnada, su escucha paciente, su palabra que ilumina y su comunión que transforma—, entonces la Iglesia no puede entender el acompañamiento como una práctica opcional o meramente funcional. Acompañar pertenece a la identidad misma de la Iglesia porque pertenece a la misión de Cristo que ella prolonga en la historia. La Iglesia acompaña porque quiere ayudar y sobre todo porque ha sido constituida por el Señor como el lugar histórico donde su presencia pastoral continúa actuando.

La raíz profunda de esta prolongación se encuentra en la imagen evangélica del Buen Pastor. En el Evangelio de san Juan, Jesús describe su relación con los suyos con un lenguaje de extraordinaria densidad personal: “Yo soy el buen pastor; conozco a mis ovejas y las mías me conocen” (Jn 10,14). El verbo “conocer” —γινώσκω (ginōskō)— no indica información externa, sino conocimiento relacional, íntimo, personal. El pastor no dirige desde fuera del rebaño, sino que vive en relación viva con cada miembro. Su autoridad no se basa en el control, sino en la entrega porque “el buen pastor da la vida por las ovejas” (Jn 10,11).

En esta imagen se revela la estructura pastoral del amor de Jesucristo: cercanía que conoce, cuidado que protege, guía que orienta, entrega que salva. El acompañamiento cristiano nace precisamente de esta forma de relación. Acompañar es participar en el cuidado personal con que la gracia del Señor Jesús conduce la vida de cada uno hacia la santidad.

*El acompañamiento es **identidad eclesial**, prolongando la misión del Buen Pastor que conoce y da la vida por sus ovejas. La Iglesia participa del cuidado personal de Jesús, haciendo visible en la historia su solicitud y caridad para guiar a todos hacia la santidad.*

Pero este cuidado pastoral no quedó encerrado en la vida histórica de Jesús. Tras la resurrección, el Señor confía explícitamente su propio ministerio pastoral a la Iglesia. En el diálogo con Pedro junto al lago de Tiberíades, el Resucitado repite tres veces el mandato: “Apacienta mis ovejas” (Jn 21,15-17). El verbo utilizado —ποιμαίνω (poimainō)— significa pastorear, guiar, cuidar de manera continuada. Jesús no entrega solo una responsabilidad organizativa, sino la participación en su propia solicitud y caridad pastoral. La Iglesia recibe la misión de hacer visible en la historia el cuidado personal del Señor por su pueblo.

El acompañamiento eclesial no puede quedar reducido a imitación externa del modelo de Jesús, sino a la participación real en su ministerio de Pastor. La Iglesia no sustituye a Cristo, sino que actúa como mediación de su presencia viva y allí donde la Iglesia cuida, guía, sostiene y conduce a las personas hacia la comunión con Dios, continúa la obra del Buen Pastor que sigue reuniendo a sus ovejas y conduciéndolas hacia la vida.

4.2 La sacramentalidad de la Iglesia: presencia histórica del cuidado de Cristo

Esta prolongación pastoral se comprende plenamente a la luz de la sacramentalidad de la Iglesia. Más arriba indicamos como el Concilio Vaticano II afirma que la Iglesia es “en Cristo como un sacramento, es decir, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (Lumen Gentium, 1). Esta afirmación describe el modo en que la presencia salvadora de Cristo se hace operante en la historia. Si Cristo es el único mediador del encuentro con Dios, la Iglesia es el sacramento de su presencia continua en el tiempo. Esto significa que el modo en que Cristo se relaciona con las personas —su cercanía, su palabra, su cuidado, su comunión— se hace históricamente accesible en la vida eclesial.

El acompañamiento pertenece, por tanto, a la dimensión sacramental de la Iglesia. No es solo relación interpersonal, sino lugar donde la gracia se comunica a través de mediaciones humanas concretas. Así como en los sacramentos visibles actúa la gracia invisible, también en la relación que acompaña se hace operante el cuidado pastoral de Jesucristo.

*Como **sacramento de Cristo**, la Iglesia hace accesible hoy la cercanía y el cuidado del Salvador. El acompañamiento es un lugar donde la gracia actúa mediante mediaciones humanas, siendo la forma en que la Iglesia ejerce su naturaleza de instrumento de salvación.*

San León Magno expresó esta continuidad con una formulación clásica: “Lo que era visible en nuestro Salvador ha pasado a los sacramentos de la Iglesia” (Sermón 74). Podría decirse que lo que era visible en la cercanía personal de Cristo se hace hoy visible en la vida pastoral de la Iglesia que acompaña. Esta perspectiva transforma radicalmente la comprensión del acompañamiento. No es simplemente ayuda espiritual ofrecida por unos a otros, sino forma concreta en que la Iglesia realiza su naturaleza de sacramento de salvación. Acompañar es ejercer la mediación histórica de la gracia que conduce a la comunión con Dios.

4.3 La misión pastoral: conducir al encuentro con Cristo vivo

La prolongación eclesial de la pedagogía de Cristo no tiene como finalidad última la organización de procesos humanos ni la mera maduración psicológica o espiritual. Su objetivo es conducir al encuentro real con el Señor vivo, fuente de toda transformación auténtica.

San Juan Pablo II expresó con claridad que la misión fundamental de la Iglesia consiste en hacer posible que cada persona encuentre a Cristo y viva en comunión con Él (Redemptor Hominis, 13). Toda acción pastoral, incluida la más concreta y personal, participa de esta finalidad. El acompañamiento no es una dimensión secundaria de la misión, sino una de sus formas más directas, porque conduce a la persona desde su experiencia concreta hacia el encuentro con el Señor.

*El objetivo es el **encuentro real** con el Señor vivo. El acompañamiento es una forma directa de misión que introduce a la persona en la vida sacramental y el **Reino de Dios**. La Iglesia actúa como madre que respeta ritmos y ayuda a discernir.*

En este sentido, el acompañamiento eclesial es profundamente misionero ya que no se limita a sostener la vida interna de los creyentes, sino que introduce en el dinamismo del Reino de Dios que crece en la historia. Quien es acompañado es conducido progresivamente hacia la comunión eclesial, la vida sacramental y la participación activa en la misión evangelizadora de la Iglesia.

El Papa Francisco insistió en que la Iglesia está llamada a ser madre que acompaña procesos reales de crecimiento, respetando los ritmos de cada uno y ayudando a discernir la acción de Dios en la vida concreta, caminando con las personas hacia la plenitud del Evangelio ⁵.

4.4 El acompañamiento como forma de la maternidad eclesial

La tradición cristiana ha descrito esta misión pastoral con el lenguaje de la maternidad espiritual. La Iglesia que engendra, nutre, cuida, enseña y conduce hacia la madurez. San Pablo expresa esta experiencia con palabras profundamente personales: "Hijitos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros" (Gal 4,19).

La misión de la Iglesia no es producir la vida espiritual en los creyentes, pues esta nace del encuentro con Cristo, sino custodiarla y fomentarla. El catecismo enseña que "la Iglesia es verdaderamente madre: no engendra la vida de la gracia, pero la custodia y la hace crecer"⁶. De esta manera, la maternidad eclesial se manifiesta en el acompañamiento constante: así como una madre sostiene y guía el crecimiento de sus hijos, la Iglesia sostiene el desarrollo de la fe en cada persona, acompañando el proceso mediante el cual Cristo va tomando forma en sus vidas. La madre Iglesia asegura que la vida nueva que Dios ha sembrado en cada bautizado pueda florecer plenamente.

*La Iglesia es **madre espiritual** que custodia y hace crecer la vida de la gracia en los fieles. A través del acompañamiento constante, asegura que Cristo sea formado en cada bautizado, sosteniendo el desarrollo de la fe hasta alcanzar la **madurez cristiana**.*

San Cipriano formuló esta verdad de manera lapidaria: "No puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia por Madre" (De unitate Ecclesiae, 6). La mediación eclesial del acompañamiento no es accesorio de la vida cristiana, sino condición ordinaria de su desarrollo.

4.5 Una Iglesia que camina con la humanidad

En su dimensión más profunda, el acompañamiento eclesial expresa la solidaridad histórica de la Iglesia con la humanidad entera. El Concilio Vaticano II afirma que la Iglesia comparte "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo" (Gaudium et Spes, 1). Esta solidaridad no podemos entenderla solamente como compasión moral, sino como participación real en la historia humana como lugar donde se despliega la salvación.

Acompañar significa caminar con la humanidad hacia su destino último en Dios. La Iglesia no observa

*El acompañamiento expresa la **solidaridad histórica** de la Iglesia con todos los hombres. No observa desde fuera, sino que recorre su camino de gozos y angustias para iluminarlos con la Palabra, conduciendo a la humanidad hacia su destino último en Dios.*

desde fuera, sino que recorre el camino con cada persona, iluminándolo con la Palabra y conduciéndola a la comunión plena con Dios y los hermanos, es decir, a vivir plenamente la unidad, la caridad y la fraternidad que Cristo hizo posible con su redención.

⁵ Cf. Evangelii Gaudium, 169-173

⁶ CEC 1699

Anotaciones



5. EL ACOMPAÑAMIENTO COMO MEDIACIÓN DE LA GRACIA

Si la pedagogía del acompañamiento brota del modo en que Cristo se acerca, escucha, ilumina y conduce a la comunión, y si la Iglesia prolonga históricamente esa presencia pastoral del Señor, entonces es necesario comprender más profundamente qué sucede en el interior mismo de ese proceso. ¿Qué acontece realmente cuando una persona es acompañada en la fe? ¿Qué tipo de acción se despliega en ese espacio relacional donde una vida humana es sostenida, interpretada y orientada hacia Dios?

La tradición cristiana responde con claridad: en el corazón del acompañamiento actúa la gracia. No como algo añadido desde fuera, ni como un efecto producido por la acción humana del acompañante, sino como presencia viva del Espíritu Santo que obra en lo más íntimo de la persona. El acompañamiento es mediación, no causa; espacio de cooperación, no origen de la transformación. El verdadero protagonista de todo crecimiento espiritual es siempre Dios mismo, que habita en el alma en gracia y conduce al creyente hacia la plenitud de la vida en Cristo.

San Pablo lo expresa con una formulación que resume toda la teología de la gracia como acción interior de Dios: “Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar según su beneplácito” (Flp 2,13). La transformación espiritual no nace del esfuerzo humano ni de la intervención externa de otro, sino de la acción divina que mueve la libertad desde dentro. El Espíritu no sustituye la libertad humana, sino que la despierta, la orienta y la fortalece para que pueda responder al amor que llama al corazón.

5.1 La gracia actúa en la interioridad de la persona

La Escritura presenta de modo constante a Dios actuando en el corazón humano como en un santuario interior. El profeta Ezequiel anuncia que Dios dará “un corazón nuevo” y pondrá “un espíritu nuevo” dentro del hombre (Ez 36,26). El Evangelio revela que el Reino de Dios no viene como realidad exterior que se impone, sino como presencia que crece desde dentro: “El Reino de Dios está en medio de vosotros” (Lc 17,21), o, según otra traducción posible del texto griego (entós hymōn), “dentro de vosotros”.

*El Espíritu Santo es el **protagonista** del crecimiento espiritual actuando en el centro íntimo del hombre. El acompañamiento debe respetar este santuario interior, ayudando a la persona a reconocer y responder a la **acción divina** que ya está obrando en ella.*

San Agustín, en una de las intuiciones más profundas de la espiritualidad cristiana, describe esta interioridad divina con palabras que han marcado toda la tradición espiritual: “Tú estabas dentro de mí, más interior que mi propia interioridad y más alto que lo más alto de mí.” (Confesiones, III,6,11). Dios no

actúa primero en la superficie de la vida, sino en su centro más íntimo. Toda mediación espiritual auténtica debe respetar este primado absoluto de la acción interior de la gracia de Dios.

Por eso el acompañamiento cristiano no consiste en dirigir coaccionando la conciencia del otro ni en imponerle un camino, sino en ayudar a reconocer la presencia de Dios que ya está obrando en su interior. El acompañante no introduce la gracia en la vida del acompañado; ayuda a percibirla, a discernirla y a responder a ella. Este criterio es esencial a la hora de evitar cualquier tipo de intimidación o abuso impropio del acompañamiento espiritual.

5.2 La mediación humana en la economía de la gracia

Dicha acción interior de Dios no elimina la mediación humana. La economía de la salvación está marcada por la lógica de la mediación. Dios actúa directamente en el corazón, pero también actúa a través de signos, palabras, relaciones e historias concretas. La Encarnación misma es la suprema confirmación de esta lógica: Dios comunica su vida mediante lo humano asumido, no evitando lo humano.

Santo Tomás de Aquino explica que Dios gobierna el mundo mediante causas segundas, es decir, mediante realidades creadas que participan de su acción sin sustituirla (Summa Theologiae, I, q.22, a.3). La mediación no limita la acción divina, sino que manifiesta su generosidad: Dios quiere que las criaturas participen en la comunicación de su bien.

*Dios comunica su vida a través de **mediaciones humanas** y signos concretos, siguiendo la lógica de la Encarnación. La ayuda fraterna no sustituye la luz divina, sino que orienta la mirada hacia ella, participando generosamente en la **comunicación del bien**.*

Esta misma lógica se aplica al crecimiento espiritual. La gracia es absolutamente divina, pero su despliegue histórico pasa ordinariamente por relaciones humanas concretas. La tradición de la dirección espiritual, desde los Padres del desierto hasta la pastoral contemporánea, ha reconocido esta cooperación entre la acción interior de Dios y la mediación fraterna.

San Basilio el Grande afirmaba que nadie puede conocerse plenamente a sí mismo sin el auxilio de otro que le ayude a discernir su camino hacia Dios (Regulae fusius tractatae, 26). En este sentido, la mediación humana no crea la luz, pero ayuda a orientar la mirada hacia ella.

5.3 Discernir los movimientos del Espíritu

El acompañamiento se convierte así en lugar privilegiado de discernimiento. El Espíritu actúa de múltiples maneras en la vida humana: inspirando deseos, suscitando inquietudes, moviendo a la conversión, iluminando decisiones, despertando preguntas. Pero estos movimientos no siempre son inmediatamente reconocibles ni fácilmente interpretables.

San Pablo exhorta a la comunidad: "Examinadlo todo y quedaos con lo bueno" (1 Tes 5,21). Esta exhortación implica que la vida espiritual requiere discernimiento, es decir, la capacidad de distinguir lo que procede del Espíritu de Dios de lo que nace de otras fuerzas interiores que no son de Dios.

*El acompañamiento es un espacio para el **discernimiento espiritual**. El acompañante es un testigo atento que ayuda a identificar los impulsos del Espíritu frente a otras fuerzas, favoreciendo una **respuesta libre** y consciente al amor de Dios en la vida cotidiana.*

La tradición espiritual ha descrito este discernimiento como un arte delicado que exige atención, escucha interior y acompañamiento. San Ignacio de Loyola sistematizó esta experiencia en sus reglas de discernimiento, mostrando que la vida espiritual está marcada por movimientos interiores que deben ser reconocidos e interpretados a la luz del Evangelio (Ejercicios espirituales, nn. 313-336).

El acompañante participa en este proceso no tanto como juez externo, sino como testigo atento de la acción de Dios. Su tarea es ayudar a poner palabras a la experiencia interior, a distinguir los impulsos que conducen hacia la vida de aquellos que conducen al repliegue o la confusión, y a favorecer una respuesta libre y consciente al amor que llama.

5.4 Leer la vida como historia de salvación

La mediación del acompañamiento tiene también una dimensión hermenéutica: ayuda a leer la vida como lugar de revelación. La historia personal, con sus acontecimientos, decisiones, heridas y esperanzas, no es un material neutral que debe ser simplemente gestionado, sino el espacio concreto donde se despliega la relación con Dios. La existencia humana se convierte así en lugar teológico, espacio donde la gracia toma forma concreta.

*La historia personal es un **lugar teológico** donde la gracia toma forma. Acompañar permite interpretar los acontecimientos cotidianos como el "sacramento del momento presente", descubriendo el sentido salvífico y la presencia de Dios que actúa en lo **ordinario de la existencia**.*

Acompañar significa ayudar a interpretar la vida como historia de salvación. No se trata de imponer significados, sino de descubrir el sentido que emerge cuando la experiencia se contempla a la luz del amor de Dios. Jean-Pierre de Caussade describió esta lectura creyente de la vida con la expresión "el sacramento del momento presente": cada instante puede ser lugar donde la voluntad de Dios se manifiesta y se ofrece como camino de transformación. El acompañamiento ayuda a percibir esa presencia que actúa en lo ordinario **7**.

5.5 Libertad y cooperación con la gracia

La mediación del acompañamiento está orientada siempre a la libertad. La gracia no actúa de manera mecánica ni coercitiva; busca la respuesta libre del ser humano. San Ireneo afirmaba que Dios crea al hombre libre para que pueda responder al amor con amor (Adversus Haereses, IV,37).

El acompañamiento, por tanto, no dirige la vida del otro, sino que lo ayuda a responder personalmente a la llamada de Dios. La verdadera cooperación con la gracia es siempre personal, consciente y libre.

*El acompañamiento es un espacio para el **discernimiento espiritual**. El acompañante actúa como testigo atento que ayuda a identificar los impulsos del Espíritu frente a otras fuerzas, favoreciendo una **respuesta libre** y consciente al amor de Dios en la vida cotidiana.*

El Papa Francisco insiste en que el acompañamiento debe respetar profundamente la libertad de cada persona, ayudándola a descubrir lo que el Espíritu suscita en su vida sin sustituir su responsabilidad (Evangelii Gaudium, 171).

7 Cf. Jean-Pierre de Caussade, Abandono a la divina Providencia, Parte I: "El momento presente está siempre lleno de tesoros infinitos; contiene más de lo que somos capaces de recibir".

Anotaciones



6. EL ACOMPAÑAMIENTO COMO CONFIGURACIÓN CON CRISTO

Si el acompañamiento cristiano participa de la pedagogía del Señor, si prolonga su presencia pastoral en la Iglesia y si coopera humildemente con la acción interior de la gracia, entonces su finalidad última no puede ser otra que la conformación progresiva de la persona con Cristo mismo. No se trata simplemente de orientar la conducta, aliviar el sufrimiento o resolver conflictos espirituales puntuales. Todo eso puede formar parte del camino, pero no constituye su meta. El horizonte último del acompañamiento es que la vida del bautizado sea transformada desde dentro hasta adquirir la forma de la vida de Cristo.

Reflexionemos más profundamente sobre el momento en el que San Pablo expresa esta finalidad con una intensidad que atraviesa toda su experiencia apostólica: “Hijitos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gal 4,19). El verbo que emplea —μορφόω (morphóō)— remite a la formación de una figura, a la configuración interior de una forma viva. Hablar de imitación externa o de un ajuste moral superficial sería insuficiente, hablamos de una transformación real del modo de ser, pensar y amar. Cristo no solo debe ser conocido o seguido; debe ser formado en la vida del creyente como principio interior que orienta toda su existencia.

Esta perspectiva transforma radicalmente la comprensión del acompañamiento. Acompañar es servir a un proceso interior por el cual la vida humana es progresivamente penetrada por la vida de Cristo. El acompañante no modela la vida del otro según un ideal abstracto, sino que ayuda a que la gracia configure en él la forma viva del Hijo. De ahí brota la gran responsabilidad de quien en la Iglesia recibe la misión de acompañar.

6.1 La configuración como transformación interior en Cristo

La tradición cristiana ha comprendido esta transformación como participación real en la vida del Señor. San Pablo describe la existencia cristiana con palabras que expresan la radicalidad de esta unión: “Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20). La vida cristiana no consiste solo en seguir un ejemplo, sino en participar de una vida nueva que procede de Cristo mismo.

*La meta final es que Cristo sea **formado en el bautizado**, transformando su modo de ser, pensar y amar. No es un ajuste moral superficial, sino una **participación real** en la vida del Hijo, donde el hombre alcanza su plenitud en comunión.*

Los Padres de la Iglesia contemplaron este misterio con profundidad. San Atanasio formuló de modo clásico la lógica de esta transformación: “El Hijo de Dios se hizo hombre para que el hombre pudiera llegar a ser hijo de Dios.” (De Incarnatione, 54). La configuración con Cristo es el despliegue existencial

de esta participación filial. La gracia no se limita a perdonar o fortalecer, sino que introduce en la vida misma de Dios.

San Máximo el Confesor desarrolló esta intuición al describir la vida cristiana como proceso de “divinización” (theosis), no como absorción de la humanidad en lo divino, sino como plenitud de la humanidad en comunión con Dios. La configuración con Cristo es, en última instancia, la plena realización de la vocación humana.

6.2 La forma de Cristo como forma de la existencia cristiana

La teología contemporánea ha profundizado este dinamismo mediante la categoría de la “forma” de Cristo. Hans Urs von Balthasar ha mostrado que la revelación cristiana no consiste simplemente en contenidos doctrinales, sino en la manifestación de una forma de vida que es Cristo mismo. La existencia cristiana redimida consiste en dejar que esa forma se imprima progresivamente en la propia historia ⁸.

*La existencia cristiana consiste en dejar que la **forma de Cristo** se imprima en la historia personal. El acompañamiento ayuda a que la vida concreta revele la figura única que el Señor quiere asumir en cada uno, lo cual **personaliza** la existencia irrepetiblemente.*

En este sentido, el acompañamiento ayuda a reconocer cómo la vida concreta —con sus decisiones, sufrimientos, relaciones y esperanzas— se convierte en el lugar donde la forma de Cristo toma figura visible. No se trata de ajustar la vida a un modelo exterior, sino de permitir que la gracia revele desde dentro la figura única que Cristo quiere asumir en cada persona.

Así comprendida, la configuración con Cristo no uniforma, sino que personaliza. Cada vida se convierte en expresión irrepetible del misterio de Cristo, como un rostro singular del único Hijo.

6.3 La dimensión formativa del acompañamiento

Por eso el acompañamiento cristiano es esencialmente formativo. No responde únicamente a momentos de crisis ni se limita a intervenciones puntuales, sino que sostiene procesos prolongados de crecimiento. La formación espiritual no es acumulación de conocimientos ni perfeccionamiento moral, sino maduración progresiva de la vida teológica: fe que ilumina la inteligencia, esperanza que sostiene el tiempo y caridad que configura el corazón.

*Es un proceso prolongado de **maduración teológica** en la fe, esperanza y caridad. El acompañante sostiene el crecimiento incesante hacia Dios, siendo guardián paciente del tiempo interior donde la gracia actúa silenciosamente hasta alcanzar la **plenitud divina** en el alma.*

San Gregorio de Nisa describió la vida cristiana como un crecimiento continuo hacia Dios, un dinamismo sin término que llamó epektasis, tensión permanente hacia la plenitud divina (La vida de Moisés, II). La configuración con Cristo no es estado estático, sino proceso incesante de transformación y acompañar significa precisamente sostener ese proceso. El acompañante se convierte en testigo del crecimiento silencioso de la gracia, guardián paciente del tiempo interior en el que Cristo se forma en el alma.

⁸ Cf. Hans Urs von Balthasar, La gloria del Señor. Una estética teológica I: Ver la forma, Madrid, Encuentro, 1985, Introducción.

6.4 Configuración y vida eclesial

Esta transformación nunca ocurre en aislamiento. La configuración con Cristo es siempre eclesial, porque Cristo mismo es inseparable de su Cuerpo. San Agustín expresó esta unidad con su célebre doctrina del *Christus totus*: Cristo total, Cabeza y miembros inseparablemente unidos (*Enarrationes in Psalmos*, 90).

El acompañamiento no conduce solo a una relación individual con Cristo, sino a la inserción plena en su Cuerpo que es la Iglesia. Configurarse con Cristo significa también aprender a vivir su comunión, su entrega y su misión. Una espiritualidad centrada únicamente en la experiencia personal, sin apertura a la comunidad, corre el riesgo de volverse individualista y limitada: la gracia no se agota en la intimidad con Dios, sino que transforma la vida en corresponsabilidad, servicio y participación eclesial.

*La transformación en Cristo ocurre siempre en la **comunión del Cuerpo** que es la Iglesia. El acompañamiento evita el individualismo, insertando al creyente en una espiritualidad de corresponsabilidad y servicio, donde la madurez se mide por la participación activa en la **misión comunitaria**.*

San Juan Pablo II recordó que la madurez cristiana consiste en participar activamente en la vida y misión de la Iglesia (*Christifideles Laici*, 57). La configuración con Cristo conduce necesariamente a la comunidad, a la corresponsabilidad y al servicio, mostrando que la verdadera espiritualidad crece siempre en relación con los demás y en el Cuerpo de la Iglesia.

6.5 Configuración y misión

La transformación interior no se cierra en la interioridad. La forma de Cristo es siempre forma de donación. Configurarse con Él significa asumir su orientación hacia el Padre, hacia el prójimo y hacia el bien.

*Configurarse con Cristo implica asumir su **orientación al don** y a la entrega. El acompañamiento no solo forma la interioridad, sino que dispone al creyente para ser enviado al mundo, integrando oración y acción en una vida vivida como **participación en la misión**.*

San Ignacio de Loyola comprendió esta dinámica al proponer que el discípulo debe integrar la oración y la acción, viviendo toda su existencia como participación en la misión de Cristo **9**. La configuración interior se manifiesta en el modo de amar, servir y entregarse. Por eso el acompañamiento no solo forma la interioridad del creyente, sino que lo dispone para la misión. Quien ha sido configurado con Cristo participa de su envío al mundo.

9 Ejercicios Espirituales, n. 230: “Considera cómo Nuestro Señor obraba y pasaba la mayor parte de su vida haciendo bien y enseñando a los hombres; y piensa que tú debes procurar imitarle en esto.”

Anotaciones



7. EL ACOMPAÑAMIENTO COMO CAMINO HACIA LA MISIÓN

Si el acompañamiento conduce a la comunión con Cristo y a la configuración progresiva con su vida, entonces su dinamismo interno no puede detenerse en la interioridad del creyente. La vida de Cristo, cuando toma forma real en una persona, no permanece cerrada en sí misma. La forma de Cristo es esencialmente relacional, donante, enviada. Por eso el acompañamiento auténtico no culmina en la serenidad interior del discípulo, sino en su disponibilidad misionera ya que el fruto maduro del acompañamiento es siempre el envío.

Esta dinámica pertenece al corazón mismo del Evangelio. El encuentro con Cristo no produce repliegue, sino movimiento. La experiencia pascual de los discípulos de Emaús lo manifiesta con claridad luminosa: después de reconocer al Señor al partir el pan, “levantándose en aquel mismo momento, regresaron a Jerusalén” (Lc 24,33). La comunión con Cristo reorienta inmediatamente la existencia hacia los demás. La fe reconocida se convierte en fe anunciada y la experiencia interior se transforma en testimonio compartido.

En este sentido, la misión no es una tarea añadida posteriormente a la vida cristiana, sino la expresión natural de su madurez. Cuando Cristo vive realmente en el creyente, su misma vida —que es entregada al Padre y enviada al mundo— continúa desplegándose en la historia. El acompañamiento conduce a este punto: ayudar a que la vida recibida en Cristo se haga vida entregada.

7.1 La misión como dinamismo propio de la fe madura

El Magisterio contemporáneo ha insistido con fuerza en que la vida cristiana es esencialmente misionera y evangelizadora. San Juan Pablo II lo expresó de manera programática en *Redemptoris Missio* al afirmar que la misión no es una actividad entre otras, sino manifestación de la identidad más profunda de la Iglesia. La fe, cuando es auténtica, tiende necesariamente a comunicarse: “La fe se fortalece dándola.”¹⁰ Esta afirmación no describe simplemente una estrategia pastoral, sino una ley espiritual profunda. La fe madura no se conserva encerrándola, sino compartiéndola porque la vida cristiana crece en la medida en que se convierte en don.

*El fruto del acompañamiento es el **envío misionero**, pues la fe se fortalece al darla. Quien ha sido acompañado aprende a ser **mediación para otros**, introduciéndolos en la lógica expansiva del amor de Dios que no se encierra, sino que se comunica.*

¹⁰ *Redemptoris Missio*, 2

El acompañamiento participa precisamente de esta dinámica generativa. Quien ha sido sostenido en su camino aprende a sostener; quien ha sido escuchado aprende a escuchar; quien ha sido iluminado aprende a iluminar; quien ha sido conducido a la comunión aprende a introducir a otros en ella. El acompañamiento verdadero engendra acompañantes, porque introduce en la lógica expansiva del amor de Dios.

7.2 La misión como participación en el envío del Hijo

Este dinamismo tiene un fundamento cristológico profundo. Cristo mismo vive como el enviado del Padre. Su identidad está marcada por la misión: “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo” (Jn 20,21). La misión de la Iglesia —y de cada cristiano— no es iniciativa autónoma, sino participación en el envío del Hijo.

La teología ha comprendido esta dimensión como prolongación histórica de la misión trinitaria. El Padre envía al Hijo, el Hijo envía al Espíritu, y el Espíritu envía a la Iglesia al mundo. El acompañamiento se inserta en esta cadena viva de envíos, porque prepara corazones capaces de responder libremente a la misión que Dios confía.

*La misión de cada cristiano es prolongación de las **misiones trinitarias**. El acompañamiento prepara corazones para responder al envío del Hijo y del Espíritu, reconociendo que la vida interior está siempre orientada hacia el mundo como un **servicio de salvación**.*

Henri de Lubac subrayó que la Iglesia no existe para sí misma, sino para la manifestación del amor de Dios en la historia. Su vida interior está orientada hacia el mundo, no como dominio, sino como servicio de salvación. La misión es el desbordamiento natural de la comunión con Dios ¹¹.

7.3 Acompañar para la disponibilidad apostólica

Desde esta perspectiva, el acompañamiento no se limita a ayudar a las personas a encontrar equilibrio interior o estabilidad espiritual. Su finalidad es más profunda: formar corazones disponibles para la misión evangelizadora. No se trata de producir activismo religioso, sino de despertar la disponibilidad interior que permite decir, como el profeta: “Aquí estoy, envíame” (Is 6,8).

San Gregorio Magno describía al pastor auténtico como aquel que, después de contemplar a Dios, desciende para servir a los demás (Regula Pastoralis, II). La contemplación verdadera debe conducir siempre al servicio y el acompañamiento auténtico preparar para la entrega.

*La madurez espiritual se manifiesta en la **disponibilidad interior** para el servicio. El acompañamiento busca formar corazones capaces de entregarse a los demás en el amor de Cristo, transformando la profundidad de la experiencia interior en una **vida que se hace misión**.*

Esta perspectiva transforma la comprensión de la madurez espiritual. No se mide solo por la profundidad de la experiencia interior, sino por la capacidad de vivir para los demás en el amor de Cristo. La configuración con Cristo se manifiesta plenamente cuando la vida se convierte en misión.

¹¹ Cf. Henri de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, Madrid: Encuentro, 1988, cap. III.

7.4 La dimensión eclesial de la misión nacida del acompañamiento

El envío no es nunca puramente individual. La misión cristiana es siempre eclesial, porque el Evangelio se anuncia desde la comunión y para la comunión. El acompañamiento introduce progresivamente en esta conciencia eclesial, ayudando a descubrir que la propia vida participa de una historia más grande: la historia del Reino que Dios hace crecer en el mundo.

*La misión nace de la comunión y se realiza en ella. El acompañamiento ayuda a descubrir la **vocación misionera personal** recibida en el bautismo, no como obligación, sino como responsabilidad por la vida de los demás y por el crecimiento del **Reino de Dios**.*

San Juan Pablo II enseñó que todo bautizado es corresponsable de la misión evangelizadora de la Iglesia (Christifideles Laici, 32). El acompañamiento ayuda a descubrir esta vocación misionera personal, no como obligación externa, sino como expresión de la identidad más profunda recibida en el bautismo. Así, el proceso de acompañamiento conduce gradualmente desde la experiencia personal de fe hacia la responsabilidad por la vida de los demás y por la misión de la Iglesia en el mundo.

7.5 La lógica expansiva del amor divino

En su raíz más profunda, el dinamismo misionero del acompañamiento refleja la naturaleza misma del amor divino. El amor de Dios no se encierra en sí mismo, sino que se comunica, se difunde, se entrega. Como ya señalamos anteriormente, la tradición teológica ha expresado esta verdad afirmando que el bien tiende por su naturaleza a comunicarse (*bonum est diffusivum sui*).

La vida cristiana participa de esta misma lógica porque cuando el amor de Dios es realmente acogido, se vuelve necesariamente comunicativo. La misión no es una obligación añadida al amor, sino su expansión natural.

*El dinamismo misionero refleja la naturaleza del amor trinitario: **amor recibido, interiorizado y entregado**. Cuando el amor de Dios se acoge realmente, se vuelve comunicativo por naturaleza, convirtiendo al discípulo en una mediación espontánea para la **difusión del bien**.*

Por eso el acompañamiento participa de la dinámica misma de la vida trinitaria: amor recibido, amor interiorizado, amor entregado. Quien ha sido introducido en esta circulación viva del amor se convierte espontáneamente en mediación para otros.

Anotaciones



MATERIAL PARA EQUIPOS DE VIDA DE ADULTOS Y JÓVENES

RESUMEN DEL DOCUMENTO

1. Introducción

El acompañamiento es una forma de ayudar a las personas en su vida, especialmente en sus dificultades, decisiones y crecimiento personal y espiritual. El documento explica que este acompañamiento no es solo una idea humana, sino que nace del modo en que Dios actúa. Dios no salva desde lejos, sino caminando con las personas. Y esa forma de actuar se ve de manera perfecta en Jesucristo. Por eso, mirar a Jesús es aprender a acompañar.

2. Jesucristo: Dios que camina con las personas

Jesús no fue un maestro distante ni alguien que solo daba normas. Su forma de vivir muestra algo muy importante: Dios se hace cercano, entra en la vida de las personas y comparte su camino.

Esto significa que Dios entiende nuestra vida porque la ha vivido, no nos juzga desde fuera, sino que nos acompaña desde dentro y que la salvación no es algo mágico, sino un proceso en el que Dios camina con nosotros.

Un ejemplo muy claro es el episodio de los discípulos de Emaús: Jesús resucitado se acerca, camina con ellos, escucha su tristeza y poco a poco les ayuda a comprender lo que ha pasado. Esto resume perfectamente cómo Dios primero acompaña y luego ilumina.

3. ¿Cómo acompaña Jesús? La pedagogía divina

Para profundizar recurriremos al evangelio de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35). En él encontramos que el modo de acompañar de Jesús es una forma de amar que no puede reducirse a una mera técnica pedagógica. El documento lo resume en cuatro actitudes fundamentales que siempre aparecen juntas:

a) La cercanía: estar al lado de la persona

“Jesús mismo se acercó y se puso a caminar con ellos”. Jesús siempre empieza acercándose, va al encuentro de la gente, entra en sus casas, camina con ellos, se acerca incluso a quienes están mal, perdidos o rechazados y no espera a que las personas cambien para acercarse.

De esta actitud aprendemos que acompañar no es juzgar desde lejos, sino estar presente en la vida real del otro, tal como está. De hecho, la cercanía es el primer paso porque sin ella no hay confianza y sin confianza no hay verdadero acompañamiento.

b) La escucha: acoger la vida del otro

“Él les dijo: «¿De qué vais hablando por el camino?»”. Jesús habla y también escucha, hace preguntas, deja que las personas expresen su dolor, dudas y deseos, respeta el ritmo de cada uno. A los discípulos

de Emaús les escucha antes de explicarles nada. Esto es muy importante porque Jesús no impone respuestas rápidas.

Con este modo de acompañamiento, Jesús el Señor nos enseña que acompañar es escuchar de verdad, no interrumpir ni imponer ideas y valorar la historia de cada persona. La escucha reconoce que cada vida tiene valor y sentido.

3.3. La iluminación: ayudar a entender la vida

“Les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras”. Después de acercarse y escuchar, Jesús ayuda a ver las cosas de otra manera. Explica el sentido de lo que están viviendo, pone en relación la vida con la voluntad de Dios y da luz en medio de la confusión. En Emaús les explica las Escrituras y les ayuda a entender su sufrimiento. Este modo de proceder no es impositivo ni se desarrolla de golpe sino que lo hace poco a poco respetando gradualmente el proceso de cada uno.

Esto nos enseña que acompañar supone ayudar a reflexionar, dar sentido a la vida, mostrar un camino. Sin esta “luz”, el acompañamiento se queda solo en apoyo emocional y no sería completo ni integral.

3.4. La comunión: relación que transforma

“«Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado.» Y entró para quedarse con ellos”. El acompañamiento de Jesús no termina en una conversación, llega a algo más profundo, a una relación que cambia la vida. Vemos como las personas se sienten amadas, recuperan la esperanza y empiezan a vivir de otra manera.

En Emaús, los discípulos reconocen a Jesús al partir el pan, su tristeza se convierte en alegría y vuelven para compartirlo con otros: “y levantándose en aquel mismo momento, se volvieron a Jerusalén [...] y contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan”.

Aquí se muestra que el acompañamiento verdadero transforma por dentro y no te deja quieto sino que te lleva a actuar y a comunicar que Jesús ha resucitado. Estas cuatro actitudes no están separadas, sino que son partes de un mismo proceso: Cercanía → Escucha → Iluminación → Comunión. Todas ellas nacen del amor redentor de Cristo que con delicadeza divina sale al encuentro, escucha y conduce a la comunión en la caridad y en la verdad culminando en la misión evangelizadora.

4. Qué significa acompañar hoy

Acompañar como Jesús implica estar cerca de las personas reales, escuchar sin juzgar, ayudar a encontrar sentido y crear relaciones auténticas. Pero lo más importante de todo es que el acompañante no es el protagonista. El documento insiste en que Dios actúa dentro de la persona y el acompañante solo ayuda a descubrirlo.

5. El objetivo del acompañamiento

El acompañamiento no es para que la persona acompañada se sienta mejor. Su finalidad más profunda es que la persona cambie por dentro y viva con Jesús, en Jesús y como Jesús. Esto significa crecer y madurar en el amor auténtico, saber perdonar, vivir con sentido y relacionarse mejor con los demás.

Cuando alguien ha sido acompañado de verdad no se queda solo en sí mismo sino que siente el deseo de ayudar a otros. En este sentido el acompañamiento genera más acompañamiento.

6. Conclusión

Jesús nos muestra que acompañar entra dentro de su deseo de redención universal. No es una técnica, sino un ejercicio de caridad redentora. Acompañar es estar cerca, escuchar, iluminar y caminar con el otro hasta que su vida cambie. En el fondo, es hacer visible algo muy sencillo y muy grande: que Dios no abandona a nadie y siempre camina con nosotros.



PISTAS PARA EL TRABAJO EN EQUIPO

Jesucristo, referente del acompañamiento

El La reflexión sobre Jesucristo como referente del acompañamiento no alcanza su plenitud si permanece solo en el plano doctrinal. Está llamada a convertirse en experiencia compartida, discernimiento comunitario y conversión pastoral concreta. Por eso el trabajo en grupo no se entiende como intercambio de opiniones ni como análisis puramente intelectual, sino como un verdadero ejercicio espiritual de escucha de Dios en la vida personal y comunitaria.

Este itinerario se propone vivir según el estilo de la conversación en el Espíritu, es decir, como un proceso orante de escucha profunda, en el que cada participante habla desde lo que ha reconocido interiormente ante Dios y el grupo busca juntos discernir lo que el Espíritu Santo está suscitando para la vida de la comunidad.

El método Ver – Juzgar – Actuar no se aplica aquí como técnica de reflexión, sino como dinamismo espiritual que reproduce la pedagogía de Cristo: acercarse a la realidad, interpretarla a la luz de la fe y responder con decisiones que hagan visible el Evangelio en la historia.

Se recomienda realizar todo el proceso en un clima de silencio interior, respeto, escucha sin debate inmediato y tiempo suficiente para la oración personal entre los momentos del diálogo.

VER

Reconocer cómo experimentamos el modo de acompañar de Jesús

Tomar El primer momento consiste en mirar la realidad vivida. No se trata de reflexionar en abstracto sobre el acompañamiento de Cristo, sino de reconocer cómo su modo de acompañar —cercanía, escucha, iluminación y comunión— aparece o falta en la experiencia concreta de la vida personal y comunitaria.

El equipo se sitúa en actitud contemplativa ante la vida, buscando reconocer dónde el estilo de Jesús se ha hecho presente de manera real. Cada participante comparte brevemente una experiencia concreta en la que haya percibido alguno de estos rasgos del acompañamiento de Cristo:

- Haber sido acogido con cercanía verdadera
- Haber sido escuchado profundamente
- Haber recibido luz para interpretar la propia vida
- Haber experimentado comunión que transforma

También pueden compartirse experiencias donde estos rasgos han faltado o han sido vividos de forma incompleta.

No se trata de analizar todavía ni de interpretar espiritualmente lo escuchado. El grupo practica la escucha contemplativa, recibiendo cada relato como lugar donde Dios ha actuado o está actuando. Se escucha sin comentar, sin corregir, sin debatir. Después de cada intervención, se guarda un breve silencio para acoger interiormente lo escuchado.

Preguntas orientativas

- ¿Dónde he experimentado personalmente que Cristo caminaba conmigo?
- ¿Quién o qué mediación humana hizo visible su cercanía?
- ¿Qué cambió en mi vida a partir de esa experiencia?
- ¿Dónde percibo que en nuestra comunidad falta el estilo de Jesús?

Fruto espiritual esperado

Tomar conciencia de cómo el modo de acompañar de Cristo está realmente presente —o ausente— en la vida concreta.

JUZGAR

Discernir a la luz del Evangelio el modo de acompañar de Cristo

El segundo momento consiste en interpretar lo vivido a la luz de la fe. Se trata de discernir espiritualmente qué refleja auténticamente la pedagogía de Cristo y qué necesita ser purificado o transformado. No es momento de emitir juicios personales ni de evaluar la eficacia de las experiencias,

Se propone releer las experiencias compartidas contemplando las escenas evangélicas estudiadas en la ficha (por ejemplo, Emaús, la Samaritana, la llamada de Mateo) y preguntarse qué rasgos del modo de acompañar de Jesús aparecen en la vida real. El grupo puede releer lentamente un breve texto evangélico y guardar un tiempo de silencio antes del diálogo.

Claves de discernimiento

Se invita a reconocer si en las experiencias aparecen los dinamismos fundamentales del acompañamiento cristológico:

- Cercanía que se hace presente en la historia concreta
- Escucha que respeta el proceso interior
- Iluminación que ayuda a interpretar la vida desde Dios
- Comunión que transforma y envía

No olvidar que el discernimiento no se limita a identificar elementos sino que busca reconocer la acción del Espíritu Santo.

Preguntas de discernimiento espiritual

- ¿Dónde percibimos que el Espíritu Santo estaba actuando?
- ¿Qué experiencias reflejan verdaderamente el estilo de Cristo?

- ¿Qué actitudes o prácticas no corresponden al modo evangélico de acompañar?
- ¿Qué nos está diciendo el Señor a través de lo que hemos escuchado?

En la conversación en el Espíritu, cada intervención surge tras un breve silencio interior y expresa lo que la persona ha reconocido en la oración, no una opinión espontánea.

Fruto espiritual esperado

Clarificar interiormente qué significa realmente acompañar al estilo de Jesucristo y qué está pidiendo Dios a nuestro equipo y a nuestra parroquia.

ACTUAR

Responder a la llamada que el Espíritu suscita

El discernimiento alcanza su autenticidad cuando se traduce en decisiones concretas. El tercer momento busca responder a lo que el Señor ha mostrado al equipo. No se trata de elaborar planes complejos, sino de identificar pasos reales que permitan que el modo de acompañar de Cristo se haga más visible en la vida personal y comunitaria.

El grupo puede trabajar en tres niveles complementarios.

a. Conversión personal

Cada participante identifica una actitud concreta que siente llamado a cultivar:

- Acercarse más a las personas reales
- Escuchar con mayor profundidad
- Ayudar a interpretar la vida desde la fe
- Favorecer la comunión

La decisión debe ser concreta, sencilla y realizable.

b. Conversión comunitaria

El grupo discierne qué cambios ayudarían a que la comunidad refleje mejor la pedagogía del Señor Jesús:

- Crear espacios de escucha personal
- Acompañar procesos y no solo actividades
- Integrar mejor la Palabra de Dios en la vida cotidiana
- Fortalecer vínculos de comunión real

c. Conversión pastoral

Se identifican acciones concretas que puedan iniciarse en la vida parroquial o comunitaria:

- Formar acompañantes
- Establecer itinerarios de acompañamiento
- Cuidar especialmente a quienes viven procesos de búsqueda o crisis
- Generar espacios de discernimiento comunitario

Cada grupo formula compromisos verificables y con horizonte temporal realista.

MOMENTO DE ORACIÓN

Agradecer, acoger y ofrecer

El proceso concluye con un tiempo de silencio orante en el que cada participante puede interiorizar lo vivido y presentarlo ante el Señor. Se puede invitar a compartir brevemente:

- ¿Qué me ha tocado más profundamente?
- ¿Qué llamada concreta siento?
- ¿Por quién o por qué deseo rezar?

Se termina con una oración común pidiendo la gracia de acompañar al estilo de Cristo y de ser dóciles a la acción del Espíritu Santo.

Sentido último del proceso

Este itinerario no busca producir conclusiones teóricas, sino formar comunidades capaces de escuchar juntas al Espíritu Santo y dejarse transformar por el modo de amar de Cristo. La conversación en el Espíritu permite que el discernimiento comunitario sea verdaderamente eclesial: no simple intercambio humano, sino búsqueda compartida de la voluntad de Dios para que su presencia acompañante sea visible en la historia.

Jesucristo referente del acompañamiento

Pistas para el acompañante

En esta sesión seguiremos en clave de discernimiento comunitario descubriendo el camino del acompañamiento en nuestra realidad concreta.

Para seguir trabajando en esta clave seguiremos utilizando el estilo de la conversación en el Espíritu que ya vivimos en la sesión anterior.

DINAMIZACIÓN

Para dinamizar esta sesión sin perder el clima de oración se propone continuar con la dinámica de la sesión anterior anotando los hechos de vida en un mural y trabajar sobre ellos.

La reunión se divide en 4 partes:

1. **Oración inicial** de invocación al Espíritu Santo (10 minutos)
2. **Introducción** con una explicación sencilla de cómo nos acompaña Jesús en nuestra vida.
3. **Cuestionario** (40 minutos):
 - Ver: Invitamos a los jóvenes a escribir y compartir su hecho de vida y las respuestas a las preguntas para profundizar. Aquí dejamos algunas preguntas para escoger los hechos de vida: ¿Dónde he experimentado que Jesús caminaba conmigo? ¿Quién hace visible la cercanía de Jesús en mi vida?
 - Juzgar: Igual que en la sesión anterior, podemos preparar la sala antes de empezar poniendo en un sitio privilegiado la Biblia acompañada de una vela que encenderemos antes de leer el Evangelio para simbolizar que la Palabra es la Luz que nos ilumina.

En el material están los enlaces y QR de los vídeos de la serie "The chosen (Los elegidos)" a los dos pasajes del Evangelio que se proponen (La Samaritana y la llamada de Mateo). Ver los videos, además de leer los pasajes, puede ayudar a los jóvenes a identificar más actitudes del acompañamiento de Jesús. Se pueden leer primero los pasajes e invitar a los jóvenes a que trabajen con su imaginación y después, si se considera oportuno, poner los vídeos.

Para favorecer la participación, también podemos reservar un lugar en el mural, en el apartado del Juzgar, para anotar todas aquellas acciones y actitudes de Jesús que nos llamen la atención sobre su acompañamiento. A cada joven, según su experiencia, le tocan el corazón unas u otras.

- Actuar: Invitamos a los jóvenes a escribir su compromiso personal en su cuaderno de vida, el compromiso de grupo y el compromiso parroquial lo escribimos y lo ponemos en algún lugar visible de la sala para poder recordarlo y revisarlo en la próxima reunión.
4. **Oración final** de acción de gracias (15 minutos) Se propone terminar rezando con la canción "El que muere por mí" en esta canción podemos ver cómo Jesús nos acompaña en el camino y también se van enumerando rasgos del acompañamiento de Jesús. Podemos invitarles a 2 acciones concretas para rezar con el canto:
 - a. Que se fijen esos rasgos de Jesús y le pidan desde lo profundo del corazón que les ayude a fortalecerlos en ellos.
 - b. Que le den las gracias a Jesús por acompañarlos en sus vidas a través de gestos y personas concretas.

Oración inicial

Empezamos cantando esta canción de invocación al Espíritu Santo

INÚNDAME ESPÍRITU SANTO (Athenas)



G D
Entra, te abro mi corazón
G D
Lléname con tu amor

Inúndame, Satúrame
Ven, Espíritu Santo, ven
Ven, Espíritu Santo, ven

G D
Inúndame, Satúrame
G D
Ven, Espíritu Santo, ven
G D
Ven, Espíritu Santo, ven

Inúndame, Satúrame
Ven, Espíritu Santo, ven

Inúndame, Satúrame
Ven, Espíritu Santo, ven
Ven, Espíritu Santo, ven
Ven, Espíritu Santo, ven

Entra, te abro mi corazón
Lléname con tu amor

ORACIÓN DEL ENCUENTRO DE LAICOS DE MÁLAGA 2026

Padre bueno,

gracias porque convocas a tu pueblo y lo reúnes como Iglesia viva.
Bendice el Encuentro de laicos de parroquia en Málaga para
que, compartiendo caminos, sepamos reconocernos hermanos
y abrir el corazón con confianza a las esperanzas que Tú siembras en nosotros.

Jesús, Hijo de Dios,

hazte presente en este encuentro.
Enséñanos a acompañar con tu mirada misericordiosa,
a escuchar con el corazón y a ser testigos de tu amor
en medio del mundo.

Espíritu Santo,

anima nuestros pasos y renueva nuestra esperanza.
Haz de este encuentro un espacio de comunión, discernimiento y envío,
donde broten frutos de fe, servicio y alegría para nuestras parroquias.

María, Madre de la Iglesia,

sigue intercediendo por la Acción Católica General
y enséñanos a decir siempre sí a la voluntad de Dios.
Amén.

Introducción

INTRODUCCIÓN: JESÚS, EL "INFLUENCER" QUE NOS ACOMPAÑA DE VERDAD.

En la sesión anterior vimos como el acompañamiento es la forma en la que Dios actúa en nosotros mismos. Dios se acerca y camina con nosotros, como ha ido haciendo en toda la historia de la salvación. Y también vimos como no podemos vivir solos la fe, necesitamos del acompañamiento de los demás y de la Iglesia para progresar en nuestra relación con Dios. Hoy nos vamos a centrar en Jesús como el modelo del acompañamiento.

1. UN DIOS QUE "PONE SU TIENDA" EN NUESTRO BARRIO.

La forma suprema en que Dios nos acompaña es la **Encarnación**. El Evangelio de Juan dice algo que seguro que nos suena: "El Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros" (Jn 1, 14). Esto significa que Dios no solo nos habla o actúa sobre nosotros; **Dios pone su tienda entre nosotros, Dios vive con nosotros**. En Jesús, Dios conoce la existencia humana por experiencia propia, no solo por teoría. Él se hizo lo que somos nosotros para que nosotros podamos llegar a ser lo que Él es.



2. JESÚS, EL COMPAÑERO QUE NO TE JUZGA, SINO QUE CAMINA CONTIGO.

Si miramos los Evangelios, vemos que la vida de Jesús es una historia de acompañamiento constante. Él no se queda en una posición elevada dando lecciones, sino que **recorre caminos, entra en casas, se detiene a hablar, escucha nuestras preguntas y comparte nuestras comidas**. Su forma de salvarnos es relacional y progresiva, es decir, poco a poco, a través de la amistad, sin esperar a que estemos "limpios" o preparados.

Podemos tomar como ejemplo el encuentro con la mujer samaritana donde Jesús no empieza con un sermón, sino con la cercanía y la escucha en el **lugar cotidiano** y habitual de aquella mujer. Y utiliza algo muy normal, la sed, para iniciar un **diálogo progresivo**. Después Jesús la conduce con paciencia, **respetando** su ritmo interior, desde el "agua material" hasta el "agua viva". La iluminación de Jesús es ayudarle a ver su historia desde los ojos de Dios.

Otro ejemplo que tenemos en el Evangelio es la llamada de Mateo. Jesús, recorriendo los **caminos** llama a Mateo y le expresa su deseo de comer con él y con los discípulos. Así Jesús nos enseña que **Dios nos ama caminando** con cada uno de nosotros, incluso en los momentos de oscuridad o en situaciones de pecado. El gesto de comer en casa de un publicano nos enseña que la cercanía va siempre antes que la iluminación o las explicaciones, acompañar es entrar humildemente en el proceso del otro.

3. EL "PASO A PASO" DE JESÚS (LOS 4 DINAMISMOS).

Cuando nos acompañan y acompañamos, no seguimos una técnica de psicología, sino la **pedagogía de Jesús**, que tiene cuatro movimientos inseparables:

- **La Cercanía:** Todo empieza acercándose a las personas allí donde se encuentran realmente. La salvación comienza cuando Dios comparte el lugar donde estamos de verdad, aunque estemos en un momento de pecado o de huida.
- **La Escucha:** Escuchar es reconocer que el otro no es un "objeto" al que hay que cambiar, sino un **sujeto con una historia sagrada donde Dios ya está trabajando**. Jesús pregunta, se interesa por el sentido que le damos a lo que vivimos. Escuchar es reconocer la dignidad de tu experiencia. Acompañar es ayudar a descubrir qué está haciendo el Espíritu en tu vida antes de que nadie diga nada.
- **La Iluminación:** Después de escuchar, Jesús introduce la luz de su Palabra en nuestra vida concreta. No nos da ideas abstractas, sino que ayuda a descubrir el sentido de lo que nos pasa. La Palabra de Dios se convierte en la clave para entender nuestra vida y hace que "arda nuestro corazón". Iluminar es, sencillamente, **ayudarnos a ver nuestra vida con los ojos de Dios**.
- **La Comunión:** El objetivo no es solo sentirnos aliviados, sino el **encuentro vivo con Cristo**. Esta comunión nos transforma por dentro y nos lanza a la misión: la samaritana volvió a su casa glorificando a Dios, Mateo siguió a Jesús y lo acompañó en su misión.

4. LA IGLESIA Y NUESTRO GRUPO: UNA MADRE QUE NOS CUIDA.

La Iglesia (y nuestro grupo como parte de ella) no acompaña por su cuenta, sino que hace presente el amor de Jesús. Cuando en el grupo nos cuidamos y nos escuchamos, estamos haciendo visible el cuidado del **Buen Pastor**, que conoce a sus ovejas de forma íntima y personal.

Acompañar es "**quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro**", porque en tu historia Dios ya está actuando. La Iglesia actúa como una madre que nos sostiene y nos ayuda a crecer para que "Cristo se forme en nosotros". No fabrica nuestra fe (que es un regalo del Señor), pero la custodia y la hace crecer.

Al final, este acompañamiento nos hace solidarios con todo el mundo, compartiendo "**los gozos, las esperanzas, las tristezas y las angustias**" de todos los jóvenes de nuestro tiempo. No caminamos solos; caminamos como una comunidad que ilumina la historia y nos conduce a todos a la amistad plena con Dios.

VER

RECONOCER CÓMO EXPERIMENTAMOS LA FORMA DE ACOMPAÑAR DE JESÚS.

Comparte un hecho de vida concreto en el que hayas experimentado alguno de estos rasgos del acompañamiento de Jesús, o algún momento en el que estos rasgos tendrían que haber estado y no estuvieron presentes:

- Haber sentido que alguien camina contigo, sin juicios, sin prisas...
- Haber sido escuchado de forma auténtica y sincera.
- Haber recibido algún consejo que te ha dado luz en un momento difícil.
- Haber experimentado comunión con otros, sentimiento de familia y comunidad.

Algunas preguntas que pueden ayudar a profundizar en los hechos de vida:

- ¿Qué cosa concreta cambia en mi vida esa experiencia de que Jesús camina conmigo?
- ¿Dónde percibo en el grupo y/o en la parroquia una falta de estilo de Jesús en el acompañamiento?

JUZGAR

Releemos las experiencias compartidas y buscamos si verdaderamente están presentes estos elementos:

- Cercanía sincera y paciente.
- Escucha auténtica.
- Consejos luminosos.
- Comunión.

Para cada elemento en cada situación nos podemos preguntar:

- ¿Cuándo estuvo presente o cuándo faltó?
- ¿Qué diferencia habría en este hecho si hubiera estado presente o si hubiera faltado ese elemento?

Nos dejamos iluminar por la Palabra:

- La samaritana (Jn 4, 5-42).
 - o Jesús se encuentra con la mujer Samaritana. "The chosen".
- Llamada de Mateo (Mt 9, 9-13).
 - o Sígueme. "The chosen".



A la luz de la palabra nos preguntamos:

- ¿Qué rasgos de acompañamiento de Jesús vemos en estos pasajes?
- ¿Qué cosas hace Jesús que podemos reconocer en nuestras situaciones? ¿Cuáles no?
- Al ver como Jesús acompaña, ¿Cómo sería un grupo o una parroquia que fuese reflejo auténtico del acompañamiento de Jesús?

ACTUAR

Escoge una actitud del acompañamiento de Jesús para cultivar más en tu vida para que te ayude a ser mejor reflejo de Jesús para los demás.

Cómo grupo y parroquia:

- ¿Qué cosas tenemos que cambiar para ser reflejo de Jesús acompañando?
- ¿Qué cosas hacemos bien respecto a la forma de acompañar de Jesús?

Compromiso final: ¿Qué podemos hacer?

- A nivel personal:
- A nivel de grupo:
- A nivel de parroquia:

Recordad que estos compromisos deben ser objetivos, concretos, realistas y revisables :)

Oración final de acción de gracias

Podemos compartir:

- ¿Qué me ha tocado más?
- ¿Qué llamada siento?
- ¿Por quién quiero rezar?

Rezamos juntos el Ave María. María fue la que acompañó a Jesús, pidámosle que nos acerque cada día más a Jesús y que nos enseñe a acompañar como Él. Y le damos las gracias por cuidarnos y acompañarnos como madre.

Y terminamos rezando con esta canción:

SI EL QUE MUERE POR MÍ (Coro Pascua Joven San Isidro)



C F7
Todo empezó en una cruz
Am
Donde un hombre murió y un Dios se entregó
C F7
Silenciosa la muerte llegó
Am G
Extinguiendo la luz que en un grito se ahogó
C F7
Viendo su faz de dolor
Am G
Una madre lloró y su amigo calló
C F7
Pero siendo una entrega de amor
Am G F7
Su camino siguió y en algún otro lado
G C
Una luz se encendió

F G Am
Siendo hombre, amigo, esclavo y maestro
G F
Siendo carga pesada, profesor y aprendiz
G C G Em
Entregó hasta su cuerpo en el pan y en la vida

Am F C G Am
Desde entonces lo he visto caminar a mi lado
F C G Am
A ese Dios que se humilla y muere por mi
F C G Am
Es la barca en mi playa, el ruido del silencio
F C G Dm
Que se acerca a su hijo y me abraza feliz
F G C
Que se acerca a su hijo y me abraza feliz

Viendo un humilde calvario
Con rostro cansado soporta la cruz
Y al verme rezando a sus pies
Se olvida de Él, me toma en sus brazos
Y me acoge otra vez

Siendo fuego, paloma, el agua y el viento
Siendo niño inocente, un Padre y Pastor
Hoy acepta mi ofrenda, es mi vida Señor

Desde entonces lo he visto caminar a mi lado
A ese Dios que se humilla y muere por mi
Es la barca en mi playa, el ruido del silencio
Que se acerca a su hijo y me abraza feliz
Que se acerca a su hijo y me abraza feliz

F G
Y si ahora yo acepto esta cruz
Em Am G F
Es por esa persona, ese Dios
G C G Em
Es por Cristo, Jesús

JESUCRISTO REFERENTE DEL ACOMPAÑAMIENTO

Esta es la segunda ficha de preparación para el Encuentro de Laicos de Parroquias de este verano en Málaga. En la primera descubrimos que Dios es nuestro “Norte”. Hoy miramos hacia el “Este”. Por el sale el sol cada mañana para iluminar el mundo y para nosotros ese sol es Jesucristo, el modelo perfecto de cómo acompañar a los demás.

Se recomienda que, antes de la sesión, el acompañante revise el material preparatorio para adultos, de manera que pueda entender la fundamentación completa y transmitirla de forma adecuada a los niños y niñas.

Cómo lo hacemos:

Se publicarán un total de tres fichas preparatorias. Cada ficha estará vinculada a un punto cardinal, excepto la del sur, que será una invitación al encuentro de este verano. En los anexos se incluyen las distintas partes de la brújula que se irán utilizando en cada sesión hasta completarla. Esta brújula corresponde al logo del encuentro de este verano, cuyo significado se explicará en la última sesión.

En esta sesión realizaremos una dinámica para la que necesitaremos utilizar rotuladores “mágicos” que cambian de color al pasar por encima de lo dibujado un rotulador blanco. Son fáciles de encontrar y se suelen llamar Rotuladores Mágicos. Os ponemos dos fotos de estos rotuladores como ejemplo:



Ficha 1. El Este

Comenzamos dialogando en torno a las siguientes preguntas:

- ¿Qué es lo primero que veis cuando sale el sol por la mañana?
- ¿Cómo cambia el paisaje cuando pasa de estar a oscuras a estar iluminado por el sol?
- ¿Sabéis por donde sale el sol?
- ¿Alguna vez te has sentido “a oscuras” y la llegada de un amigo, familiar te ha “iluminado el día”?

Tras introducir la idea del este y de que el sol nos ilumina mantenemos un dialogo en torno a la siguiente reflexión:

- En el mapa, el Este nos indica por dónde nace la luz, Esa luz es Jesús
- El nos enseña el arte del acompañamiento:
- Se acerca a nosotros y no espera que seamos perfectos. Se acerca cuando estamos tristes, enfadados...
- Nos ayuda a entender cuando tenemos un problema que parece muy grande, Jesús nos da luz para ver el camino.

- Nos escucha de verdad, no nos interrumpe y deja que le contemos nuestras cosas sin prisa
- Él nos cambia la vida, su amistad nos llena de alegría y nos da ganas de compartir esa alegría con los demás.

Dinámica: Jesús transforma nuestra vida

Vamos a realizar una dinámica para poder profundizar y ayudar a entender el sentido del acompañamiento.

Preparamos la sala y hacemos un recorrido con obstáculos (mesas, sillas, algún globo...)

Dividimos a los niños en parejas y pedimos que uno de la pareja se tape los ojos. Y le invitamos a hacer el recorrido sin ningún tipo de ayuda y verán que es imposible de hacer.

Mantenemos un dialogo en torno a las siguientes preguntas para hacerles caer en la cuenta de que para poder hacer el camino necesitan alguien que les acompañe:

- ¿Ha sido sencillo hacer el camino solo?
- ¿Cómo te has sentido sin nadie que te dijera el camino?
- ¿Qué necesitas para poder hacer el camino bien?

Vamos a realizar una dinámica muy visual para comprender como Jesús cambia nuestras vidas. Para ello como hemos comentado antes necesitamos dibujos ya impresos para colorear (pueden ser escenas de Jesús encontrándose con personas) y rotuladores mágicos que al pasar un rotulador blanco por lo dibujado cambie de color

Comenzamos repartiendo los dibujos e invitándoles a pintarlos. Puede ser un buen momento para continuar profundizando en las reflexiones anteriores.

Cuando vayan terminando de pintar el acompañante va pasando por cada dibujo y con el rotulador activador dibuja un trazo en el diciendo: *Jesús se acerca a tu vida.*

Al ver como cambian los colores introducimos la siguiente reflexión:

- Al igual que el rotulador cambia el color del dibujo, Jesús cambia nuestra vida cuando nos acompaña
- A veces puede parecer que el mundo es de un solo color o un poco gris pero cuando dejamos que Jesús camine a nuestro lado, Él transforma nuestra forma de ser y hace que todo brille de una manera diferente.
- Jesús no solo nos sostiene, sino que nos hace personas nuevas.

La iglesia sigue los pasos de Jesús:

La iglesia siguiendo los pasos de Jesús intenta hacer lo mismo que Él: Acompañar para que nunca caminemos solos y ayudarnos a reconocer que Jesús esta en nuestro día a día.

Al igual que en la anterior sesión construimos entre todo el grupo la pieza del "Este" que se encuentra en el ANEXO 1

Oración final:

Concluimos la sesión con un momento de oración dando gracias a dios.

Invitamos a los niños a decir: Jesús gracias por acompañarme cuando...

Después rezamos todos juntos la siguiente oración:

Jesús, gracias por ser nuestra luz que sale cada día. Gracias por caminar a nuestro lado y escucharnos siempre. Transforma nuestro corazón para que sepamos acompañar a los demás. Amén.

Anexo 1

Nota: Imprimir a una cara.



Anexo 1





Acción Católica General

C/ Alfonso XI 4, 5º - 28014 – Madrid

Tfno.: 691 51 69 75



accioncatolicageneral



ACGevangelizar